

después cuando la fortuna se manifiesta adversa y
tan contraria. Cuando puedes separar un pensa-
miento de las cosas sentimentales, conságralo á
una memoria porfiria y también sobre otros, para
que sin embargo quieras consolarte.

El rigor de la prisión de Margarita se mitigó
algun tiempo después, y de la Torre de Londres
fue trasladada al castillo de Windsor, y allí á
Wallingford donde fue particularmente tratada por la
castellana Alicia Chancer, duquesa de Suffolk.

En padre, que estaba ya en los últimos años de su
vida y que no tuvo otra elección en el matrimonio
que su hija Margarita, vendió á Luis XI el patri-
monio que le quedaba para obtener cincuenta mil
marcos que se necesitaban por el rescate de su hi-
ja, á la que se le dejó volver á su país y á su casa,
á condición también de que renunciase á ciertos
derechos que debía tener como reina de Henricus
VI rey de Inglaterra.

XXV.

LA FAMILIA DE YORK.

Después de cuarenta años de una lucha tenaz y
encarnizada, la rosa blanca logró un triunfo com-
pleto y definitivo, y la casa de York se sentó de
nuevo en el trono de Inglaterra; pero como si la
Providencia hubiese querido castigar de una mane-
ra visible á todos aquellos caudillos que sacrificaron
á su ambición millares de víctimas, la familia de
York fué completamente exterminada, quedando
únicamente un vástago puro y frondoso en la prin-
cesa Isabel, que casada con el duque de Richmond,
produjo á la nueva dinastía de Tudor.

Para concluir este libro nos detendremos un so-
lo momento en la historia de la casa de York, tan
rápida y breve como lo fué la vida de los grandes
personajes de esta familia.

Ricardo de York tuvo cuatro hijos.
 Eduardo, conde de March.
 Edmundo, duque de Rutland.
 Ricardo, duque de Gloucester.
 Jorge, duque de Clarence.

En el capítulo precedente hemos visto que la suerte que tocó al padre de estos cuatro hijos, fué la de ser matado en una batalla y colocada despues su cabeza en una jaula de fierro en las puertas de la ciudad.

Edmundo, que era un lindo jóven de diez y ocho años, y á quien su padre queria entrañablemente, fué cogido prisionero en la batalla de Wakefield y matado á sangre fria por Lord Clifford.

El conde de March, á quien sonrió agradablemente la fortuna, subió al trono con el nombre de Eduardo IV.

Quizá el resto de la familia habria muerto tranquila y pacíficamente cargada de años, de honores y de riquezas, si no hubiese quedado en ella una hiena que habia de concluir el destrozo comenzado por los partidarios de la rosa encarnada.

Este verdugo de su familia, fué Ricardo, duque de Gloucester.

Cuando nació Ricardo, su madre tuvo los mayores padecimientos y estuvo á punto de morir. Los facultativos y personas que asistieron á la duquesa reconocieron inmediatamente la criatura que iba á ocasionar la muerte de la madre y observaron que

tenia todos sus dientes completos y la cabeza llena de bello grueso y rojo, las espaldas sumamente anchas y un hombro notablemente mas alto que el otro.

Tan luego como Ricardo comenzó á crecer y á disfrutar de su razon y libre albedrío de sus acciones, se le notó un carácter reservado, hipócrita, vengativo y audaz en extremo. Acompañó á su padre en todas las batallas y participó de las aventuras y peligros consiguientes á una época de guerra, de trastorno y de venganzas; pero nunca se le observó ese valor caballeroso y noble de sus hermanos, sino la cautela y malicia de un tigre, que se sube y se esconde en el brazo de un árbol, para caer repentinamente sobre el caballo noble que suelto y descuidado recorre la pradera.

Para que el triunfo de la casa de York fuese seguro, era menester que muriese Henrique VI y ya hemos dicho que fué el duque de Gloucester y sus partidarios, los que entraron á la media noche á la Torre de Lóndres y cometieron este crimen.

Asegurada de esta manera tortuosa la casa de York, todo el pensamiento del duque de Gloucester se redujo á obtener la corona. Para esto era necesario superar mil obstáculos, y quizá subir al trono por una escalera de cadáveres; pero esto no importaba.

Muerto Henrique VI, el duque de Gloucester consideró que el segundo paso que debia dar, era por

algun camino descartarse de su hermano el duque de Clarence, y le decretó una sentencia de muerte.

El duque de Clarence, en esta época se hallaba completamente retirado de la corte y de los negocios. Su muger, que era Isabel la hija mayor del conde de Warwick, había muerto repentinamente, y según el rumor público, quizá envenenada. Este acontecimiento había causado un pesar tan profundo al duque, que no solamente estaba incapaz de tomar parte en la política, sino que para mitigar sus padecimientos se había entregado al escaso del vino.

Su hermano Gloucester conoció que el camino era el infundir sospechas en el ánimo del rey, y persuadirlo que Clarence lo quería destronar de acuerdo con el duque de Borgoña, y apoyado en una declaración de que él era el más próximo heredero del trono.

En efecto, esta perfidia surtió su efecto, y el duque de Clarence fué arrestado y conducido prisionero á la Torre de Londres; el rey su hermano se presentó personalmente á formarle diversos cargos por los cuales fué declarado reo de alta traición, y encerrado de nuevo en un calabozo de la Torre.

Una noche entró el duque de Gloucester á la Torre de Londres, introdujo á los que lo acompañaban hasta el aposento que ocupaba el prisionero y ordenó que lo matasen, lo cual ejecutaron probablemente ahogándolo y lo colocaron en seguida en un

tonel de vino. Al día siguiente se hizo correr el ruido de que el duque habiéndose subido á un gran barril de vino de Malvasia que se hallaba en su habitación, con el objeto de beber, se había caído adentro y se había ahogado por falta de socorro. El público no se equivocó, sino que vió este cuento como un absurdo ridículo y creyó lo que era cierto, que el desgraciado duque de Clarence había muerto de una manera atroz y misteriosa por orden de sus hermanos.

Destruído este obstáculo, el duque de Gloucester subió una grada al trono; pero el inconveniente era que la silla estaba ocupada por su hermano. La naturaleza se encargó de ayudar al asesino. La conducta irregular y desordenada del rey, había quebrantado su salud de una manera, y debilitado sus fuerzas hasta tal grado, que muchos días permanecía postrado en el lecho. Ricardo calculó que lo único que tenía que hacer era multiplicarle los disgustos, considerando que los médicos se encargarían de hacer el resto.

A consecuencia de una indisposición originada por la impresión que le causó la perfidia y engaño de Luis XI de Francia, en las negociaciones entabladas para el matrimonio de su hija, aumentó la enfermedad de Eduardo, y por fin murió en 9 de Abril de 1348.

Eduardo se había casado en secreto con una hermosa viuda llamada Isabel Woodville, de familia

noble, pero no real. La envidia y las preocupaciones se levantaron inmediatamente contra Isabel; pero Eduardo al cabo de algun tiempo y á pesar de la oposicion, hizo público su matrimonio y dispuso que fuese coronada solemnemente Isabel.

Eduardo á su muerte dejó á Isabel todavía hermosa y madre de dos hijos y de seis niñas.

Eduardo, príncipe de Gales.

Ricardo, duque de York.

Isabel, Cecilia, María, Ana, Catarina y Brígida.

El afan del rey Eduardo durante su vida fué casar á sus hijos é hijas con las familias reales y poderosas de Escocia y del continente; pero todos sus proyectos se malograron, de manera que á su muerte dejó á esta linda familia de príncipes y de ángeles, no sólo abandonada, sino espuesta enteramente á las persecuciones de sus enemigos.

Luego que murió Eduardo se reunió el consejo y proclamó al príncipe de Gales, hijo primogénito, rey, con el nombre de Eduardo V.

Nunca hombre alguno fué mas dueño y señor de sus propios sentimientos en esta vez que el duque de Gloucester.

En vez de oponerse á esta declaracion, de manifestar disgusto ó sentimiento hizo su papel de hi-

pócrita con tanta perfeccion, que sus mas encarnizados enemigos creyeron en su completa conversion.

Cuando murió Eduardo, el duque de Gloucester estaba en la frontera, donde se le habia dado el mando de las tropas. Luego que supo la noticia se adelantó hasta la ciudad de York, seguido de 600 caballeros vestidos de luto y mandó celebrar unas magnificas esequias por el alma del rey su hermano, asistiendo personalmente á la fúnebre ceremonia, y permaneciendo sumergido en la meditacion y el dolor.

Despues de la ceremonia convocó una junta muy numerosa, invitandola á que prestase juramento de obediencia al nuevo soberano, y para dar el ejemplo fué el primero que juró obediencia; escribió en seguida las cartas mas sentidas y satisfactorias á la reina Isabel y á sus hermanos, y manifestó que seguia su camino para tener el placer de asistir á la coronacion de su augusto sobrino, que tampoco se hallaba en Lóndres sino en Ludlow acompañado de su tio el conde de Rivers y del Lord Gray.

Entre tanto Gloucester, de acuerdo con el duque de Buckingham, preparaba todo lo necesario para dar un golpe maestro.

Eduardo era un inocente. Nada sabia. Su madre y sus tíos, fascinados materialmente con la generosidad y excelente corazon del duque de Gloc-

ter, se apresuraron á salir al camino y encontrar á tan poderoso protector. En Stony Strafford se reunieron el duque de Gloucester, el conde de Rivers y Lord Gray, y tan luego como los vió les tendió la mano, les dió un magnífico banquete y les llenó de tantos cumplimientos y agasajos, que se retiraron prendados de su cortesía.

Al dia siguiente todas las garitas y calles de Stony amanecieron llenas de soldados, que impedían la salida á todo el mundo, con el objeto, segun decia el duque de Gloucester, de que ninguna otra persona ántes que él pudiese ofrecer sus respetos al nuevo rey.

Este aparato militar y la reserva del duque, produjo el que Rivers y Gray concibieran algunas sospechas y calcularan que se trataba de algun proyecto misterioso que ellos no comprendían. Inmediatamente despacharon un correo á Londres para la reina, la que en el momento que lo recibió tomo asilo con sus hijos en la abadía de Westminster.

Gloucester intempestivamente mandó llamar á Gray y á Rivers y les manifestó con las palabras mas duras y mas violentas, que le habian traicionado arrebatándole la estimacion del rey, y les notificó por último, que quedaban separados de la corte y que deberian aguardar su sentencia en el castillo de Pontefrac, donde se les declaró que eran reos de alta traicion y se les cortó la cabeza.

Luego que Eduardo, que era entonces un niño de quince años, supo que lo habian separado de sus parientes, se echó á llorar amargamente; pero Gloucester lo consoló, diciéndole que solamente habia dictado esta medida por algunos dias; pero que pronto volveria á verlos.

Calmando así Eduardo, el duque dispuso la marcha á Londres, que se verificó con una pompa aparente. En la realidad, el nuevo rey iba prisionero y rodeado de todos los partidarios del duque.

Luego que toda la comitiva llegó á la metrópoli, el duque de Gloucester se declaró protector, alojó á Eduardo en la Torre, y determinó que allí fuese la residencia del gobierno y el lugar donde se reuniese el consejo.

Gloucester tenía ya en la red á uno de los príncipes; pero era necesario prender tambien en ella á otros personajes influentes y poderosos con quien él no podía contar.

Al dia siguiente convocó un consejo y se sentó á presidirlo. Concurrieron á él Lord Stanley, Lord Hastings y los obispos de York y de Ely.

Ricardo comenzó á tratar los asuntos, esperó que le respondiesen, y en un momento de silencio dió con el puño un terrible golpe sobre la mesa.

“Todos vosotros sois unos traidores,” gritó; “estais unidos con esa prostituida de Juana Shore, que trata de ejecutar sobre mí su diabólica magia.”

Mirad, continuó descubriendo uno de sus brazos descarnado y seco; aquí teneis la prueba de vuestra maldad.

El duque, en efecto, desde los primeros años había padecido una enfermedad en un brazo, que había hecho que se le escase toda la carne.

Lord Stanley iba á tomar la palabra, y se puso en pié para defenderse en caso necesario; pero el duque de Gloucester, sin aguardar respuesta alguna, tomó una arma que quizá de intento había colocado cerca y tiró á Lord Stanley un golpe furioso en la cabeza.

En seguida entraron algunos soldados armados, amagaron á los lords allí reunidos, y por último, con los mayores ultrages los llevaron atados y prisioneros á diversos calabozos de la Torre.

Lord Hastings fué ahorcado inmediatamente.

Los bienes de Juana Shore, que había sido favorita del difunto rey Eduardo IV, fueron confiscados y apropiados al duque y condenada en seguida á hacer penitencia pública por todas las calles de Londres, con los piés descalzos, con un cirio de cera en la mano y cubierto únicamente su cuerpo con una ligera camisa.

Al día siguiente, hizo circular el duque la noticia de que habiendo sido descubierta una conspiración tramada por la familia de la reina y sus partidarios, con el objeto de asesinarlo, había sido neces-

sario castigar con la pena de muerte á Lord Hastings y reducir á una estrecha prision á los demas Lords complicados en el plan.

El asunto de grande importancia para el duque de Gloucester, despues de que había hecho lo que va referido, era apoderarse de Ricardo, duque de York.